

El proyecto educativo de la UIA - GC

Rugarcía Torres, Armando

2015-03-04

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/266>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL PROYECTO EDUCATIVO DE LA UIA-GC

Armando Rugarcía*

Escribir sobre lo que corre por las venas que irrigan el cerebro y atraviesan el corazón no es una tarea sencilla. Es necesario intentar deshacerse de prejuicios para ver la realidad y la utopía, y el camino para conectarlas con una pizca de objetividad.

La universidad es el lugar donde se citan la verdad y la nación, solicitando a su vez de las dos. La universidad encuentra su ser en el abrazo de estas dos realidades: la verdad y la nación. La universidad posibilita el ascenso de la nación a la verdad, y al mismo tiempo brinda el descenso de la verdad a la nación. La universidad, por esto, está atrapada entre lo general y lo concreto; escabullirse por una vertiente o por otra es renegar de su existencia, es suicidarse como universidad.

Lo que de hecho sucede es que la universidad no es una realidad autónoma, sino una síntesis de fuerzas que buscan perfeccionar al hombre y a su sociedad por medio del trabajo académico: la docencia, la investigación y la palabra.

Es por esta relación que el adalid del prestigio universitario en la actualidad es la excelencia académica. Este paradigma de calidad tiene un problema fundamental: la identificación o mejor dicho confusión de medios con fines. El quehacer académico no es otra cosa que una serie

*Ex Rector de la UIA-Golfo Centro

de funciones que deben dirigirse a un fin o a un objetivo. Es por esto que en la filosofía universitaria jesuita la excelencia académica no puede entenderse si no es en el ámbito más amplio de la excelencia humana, del perfeccionamiento del hombre y con ello el de su sociedad. En cierto sentido, la calidad académica está supeditada a la calidad en el cumplimiento de los propósitos a los que se dirige, la docencia a educar, la investigación a mejorar la sociedad y la palabra o difusión a transformar al receptor. Al final de cuentas todo parece apuntar, otra vez, al perfeccionamiento del hombre. Podemos no estar de acuerdo en qué quiere decir perfeccionar al hombre, pero estamos irremediamente determinados a perfeccionarnos durante la vida. El agente principal de este perfeccionamiento es la educación. Parece una cuestión de perogrullo, pero el hombre o se educa o no puede llegar a serlo. Una marmota como nace muere, pero el hombre aunque no lo quiera tiene que irse haciendo de una u otra manera durante la vida.

Esto hace de la especie humana una especie zoológica inescusablemente desgraciada. Por esto, la gente aguarda sin reposo a los mesías, sean políticos, pedagogos, religiosos, tecnológicos... o vegetarianos.

La institución escolar, y con ella la universidad, acusa irremediablemente la calamidad de nuestro grupo biológico, y hacen de la síntesis de fuerzas que promueven a la universidad un verdadero dilema. La búsqueda y aplicación de la verdad reclama por libertad y la nación demanda por un lado, mayor justicia y por otro, mayor sometimiento. En tan tremenda encrucijada ¿qué hacer? O falta de libertad o injusticia. Disyuntiva casi masoquista, ¿cómo es posible arreglárselas puesto que no es posible situarse en un *dolce far niente*? Tres principios operativos permiten lanzar cierta luz tenue sobre este aspecto del incómodo sino humano.

Primer principio: conviene burlar el dominio político para alcanzar

un espacio de libertad. Segundo principio: conviene esquivar el dominio de los grupos dominantes a fin de proporcionarle cierto respiro a la justicia. Tercer principio: no parece posible la total realización histórica de los dos principios anteriores, con lo cual se sostiene la imposibilidad de casar a la libertad con la justicia. Sólo las utopías fabrican tan necesarios matrimonios. El tercer principio es mordaz, atosigador y casi insultante, pero resulta de una brutal realidad histórica.

La historia se escribe, necesariamente, desde el punto de vista del presente y es, de manera inevitable, historia no sólo del presente sino también de aquellos que, en el presente, se juzga como importante.

Los cincuenta años de existencia de la Universidad Iberoamericana y dentro de ellos los diez de su Plantel Golfo Centro (Puebla) han acuñado una utopía derivada de los últimos generales de la Compañía de Jesús: «Formar hombres y mujeres capaces para los demás.» De esta manera la calidad en la Ibero tiene que ver con acercarse a cumplir esa utopía convertida en misión por procesos libremente escogidos. No nos gusta imitar ciegamente modelos de calidad ideados por otros países con quién sabe qué intenciones. Ante la propuesta de formar científicos con científicos, nosotros respondemos que queremos formar hombres con hombres para hacer mejores hombres. Es preferible mirar al hombre que a la ciencia. Nuestra clase social es el hombre. Quisiéramos demostrarle a la Historia de la Universidad que con nosotros se ha equivocado, pues nuestra misión y con ella los propósitos de la docencia, investigación y difusión remiten al ámbito de la justicia; y nuestras estrategias, modelos, programas y proyectos los hemos escogido con libertad responsable.

Es por esto que andamos afanosamente en busca de una universidad educativa, una universidad del hombre y para el hombre, queremos mostrar que el fracaso de la ciencia-tecnología-economía se debe a que no se ha abrazado con el hombre.



Dicen algunos sociólogos que ya no hay espacio para las utopías. Queremos rebelarnos contra este adagio y seguir luchando con la palabra y la cruz, por la utopía de nuestra universidad: «Formar hombres y mujeres capaces para su sociedad».

